

La busca de una imagen nueva en España

Author(s): Julián Marías

Source: *Diálogos: Artes, Letras, Ciencias humanas*, Vol. 17, No. 1 (97) (enero-febrero 1981), pp. 4-5

Published by: El Colegio de Mexico

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/27934453>

Accessed: 27-06-2016 10:56 UTC

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at
<http://about.jstor.org/terms>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



El Colegio de México is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Diálogos: Artes, Letras, Ciencias humanas*

Entre los pecados colectivos que se han cometido con más frecuencia en el medio siglo que ha quedado atrás figura el de tomar el nombre de España en falso o en vano. Primero se empezó, ya bastante antes de la guerra civil, con la atroz expresión “anti España”, que algunos grupos usaban para nombrar a los que tenían otra idea del país común; con lo cual iniciaron una interpretación particularista de la realidad española, ligada a una determinada manera —no muy precisa, por lo demás— de entenderla. Esta actitud llegó a su extremo durante la guerra, por parte de los que en ella resultaron vencedores; pero el otro bando no fue ajeno a tal manera de ver —quiero decir de no ver— las cosas: tuvo amplio crédito la imagen de “el pueblo español” que se defendía de una invasión de moros, alemanes e italianos; como si el pueblo español no estuviera dividido y discordante, como si no fueran primariamente españoles los que luchaban y se destruían, aunque hubiese a ambos lados estímulos, ayudas, manipulaciones y cobro de los dividendos por parte de extranjeros.

El régimen que imperó de 1939 a 1975 significó, en apariencia, una intemperante “exaltación” de España. Pero si se mira bien, se encuentra que fue una exaltación abstracta, sumamente selectiva y que implicaba el repudio de la mayor parte de la realidad española, presente y pasada. De la Edad Media no se sabía apenas nada; el siglo XVII significaba la decadencia; el XVIII era ásperamente condenado por “impío”, ilustrado y enciclopédista, amén de afrancesado; el XIX —el “maldito” siglo XIX, se llegó a decir era el que acabó de estropearlo todo. En cuanto al XX, todo lo que en él era *liberal* fue execrado sin apelación: la generación del 98, Ortega, y —sin exagerar— tres cuartas partes de la cultura española de nuestro tiempo. Léanse los periódicos y revistas, léanse los programas de Bachillerato desde 1938, léanse los libros de texto en que se presentaba a Azorín como “comunista”.

Es decir, se proclamaba la grandeza de España a la vez que se desechaba casi todo lo que ha sido, la mayor parte de sus títulos de grandeza. A esto llamo tomar el nombre de España en vano. Añádase que casi todo esto se ha hecho con muy mala retórica, con muy pobre estilo literario. Decía Santo Tomás que no se debía defender la fe con razones que terminasen *in irrisionem*

infidelium, que provocasen la risa de los infieles. Es igualmente peligroso intentar sostener el entusiasmo con argumentos y estilo que susciten desprecio o rubor.

Esta situación fue aprovechada por todos los que —por diversos motivos, con distintos fines— tenían interés en la debilitación de la personalidad de España y de su coherencia. Se ha fomentado con amplitud de medios una extraña “aversión” a España, considerada como sinónima del descontento político. Se ha aprovechado el *olvido* del pasado histórico —fenómeno universal y no sólo español— para descapitalizar la nación, para adelgazar hasta el límite de lo posible el espesor de la comunidad nacional. Se ha conseguido —con la eficaz ayuda de la pereza a que el hombre naturalmente tiende— que los españoles jóvenes no sepan casi nada de España: ni de su pasado histórico ni de su efectiva realidad presente.

En esta situación se ha llegado al cambio político de noviembre de 1975. Paso a paso —a paso rápido—, entre el asombro de los que querían que no cambiase nada y los que deseaban un cambio total, mágico y regalado —no conquistado, por supuesto, ni acelerado un solo día—, España ha procedido a una toma de posesión de sí misma, a una liberalización que ha permitido la publicación, comunicación y contrastación de las opiniones, finalmente a una democratización que ha puesto su destino en nuestras manos. Se ha levantado el telón para un nuevo acto de la historia española, en que España no va a ser espectadora distraída sino actriz y autora del argumento.

Y ahora es cuando surge la cuestión decisiva: ¿qué es España? Cuestión cuyo contenido preciso es: ¿cuál es el proyecto colectivo de la España actual? Lo normal hubiera sido que nuestro país se animara con un viento de entusiasmo. Ahí es nada, un país que sin violencia ni estrago es devuelto a sí mismo, se recupera, vuelve a ser dueño de su destino y puede poner manos a la obra, imaginar, inventar, proyectar, realizar lo que la estructura de la realidad tolere. Creo que existe, soterrado, ese entusiasmo, y con él cuento para labrar la España del último cuarto de este siglo; pero es evidente que se está intentando aguarlo, sofocarlo, fragmentarlo, desvirtuarlo.

Principalmente, desde dos frentes. Uno, el que tacha de “reaccionarismo” el entusiasmo español, o simplemente la aceptación de la realidad íntegra de España, sean

cualesquiera las críticas que puedan hacersele. El otro, el “particularismo”, la visión fragmentaria de nuestra realidad como un conjunto o mosaico de partes insolidarias.

Creo que lo más reaccionario es el retroceso a la prehistoria, la cancelación de lo que ha sido la historia íntegra y sin exclusiones hasta hoy. Con todos los errores, con todos los dolores, todo eso es nuestro: es lo que nos ha pasado y hemos hecho, lo que somos. La única manera de no volver a cometer esos errores, de no tener que sentir de nuevo esos dolores, es llevarlos dentro, apropiados, superados, cicatrizados. Y con ellos, todos los proyectos creadores de España: los ya realizados y los que se han frustrado hasta ahora, los que pueden seguir siendo proyectos, puestos al nivel del tiempo en que vivimos. Lo que no puede hacerse es volver atrás, intentar detener la historia española en una fecha pretérita: ni en 1975 ni en 1939 ni en 1936 ni en 1931 ni en 1714 ni en 1474 ni en 711 ni en ningún otro momento que el arbitrio y la historia-ficción puedan elegir.

Por otra parte, se está deslizano en nuestra vida pública lo que podríamos llamar el *narcisismo de las regiones*. Mientras se ejerce despiadada crítica sobre España y no se encuentra en ella más que faltas, culpas y errores, las regiones parecen perfectas, admirables, gloriosas. Ninguna de ellas parece haber pecado nunca ni tener nada de que arrepentirse. El todo resulta mucho menor que la suma de sus partes. ¿Es esto verosímil? ¿Se puede esperar que ninguna región prospere y se depure si le falta ese fermento de mejoría que es el descontento, la crítica amorosa e inteligente? ¿Son objetivamente mejores que la nación de que forman parte y de la cual se nutren, es decir, de todas ellas *juntas* en una unidad superior que ha sido el sujeto primario de nuestra historia desde hace medio milenio? Lo que una visión serena muestra es, por el contrario, la pobreza de lo que se puede considerar *privativo* de una región cualquiera, comparado con lo que, por ser español y común, es *propio* de todas y cada una. El proceso por el cual se persuade a los habitantes de una región española a sentirse “ajenos” a lo que no es “exclusivo” de esa región, es el más colosal empobrecimiento —yo diría, con mayor energía, despojo— que pueda imaginarse. Y si de algo estoy seguro es de que un día no lejano los naturales de las regiones en que tales operaciones se lleven a cabo pedirán airadamente cuentas a los que hayan

intentado reducirlas a la indigencia cultural e histórica.

La nueva imagen de España debería buscarse mediante un esfuerzo de signo contrario, que se podría resumir en estas palabras: *no renunciar a nada*. A la prodigiosa variedad de España, a la pervivencia dentro de ella de modalidades diferentes, vivas, entusiastas, de lenguas particulares que pueden alcanzar perfección y añadir matices valiosos a una cultura ya muy compleja. A una lengua común, la que empezó por ser castellana y fue muy pronto española, cuyo destino histórico fue convertirse en la expresión de una de las culturas más creadoras y universales de Occidente. A una empresa histórica que contribuyó decisivamente a la formación de Europa y de la conciencia europea global, y trascendió de los límites continentales europeos para crear la primera gran comunidad de pueblos heterogéneos después del Imperio romano. Sólo podemos ser españoles del último cuarto del siglo XX si estamos dispuestos a *no renunciar a nada de eso*, sino al contrario, a integrarlo *proyectivamente* hacia el futuro.

El español, cuyas raíces están en su región, mediante la cual se inserta en el conjunto nacional, tan pronto como levanta su mirada y la tiende sobre el horizonte encuentra que no está *sólo* en España, sino —quiera o no— más allá de ella. Por lo pronto, en el conjunto del mundo de lengua española, que es el público real del escritor de nuestra lengua, aquel de donde le vienen los estímulos, las críticas, las demandas, del cual se nutre literaria y culturalmente. En ese mundo donde cada uno, sea de un país o de otro, nunca es “extranjero”, sino a lo sumo “forastero”, donde se encuentra “en casa”, aunque sea otra casa. Pero esa realidad supranacional hispánica es *a la vez* europea y americana, y esto remite al español, irremediamente, a los dos Continentes: quiera o no, se lo proponga o no, está hecho de sustancia europea y americana, está vuelto en sus proyectos a los dos lóbulos que integran eso que llamamos Occidente. Si alguien es intrínsecamente occidental, sin necesidad de proponérselo, de reflexionar, de esforzarse por serlo, es el español.

Paso a paso, sin saltarse ninguno, en una estructura firme y sólida, tejida en un milenio largo de experiencias, aventuras, ensayos, éxitos y fracasos, el español va de su región originaria, entrañable, irrenunciable, a la máxima constelación de pueblos que ha conocido la historia, sin perder pie, sin salir de su casa.